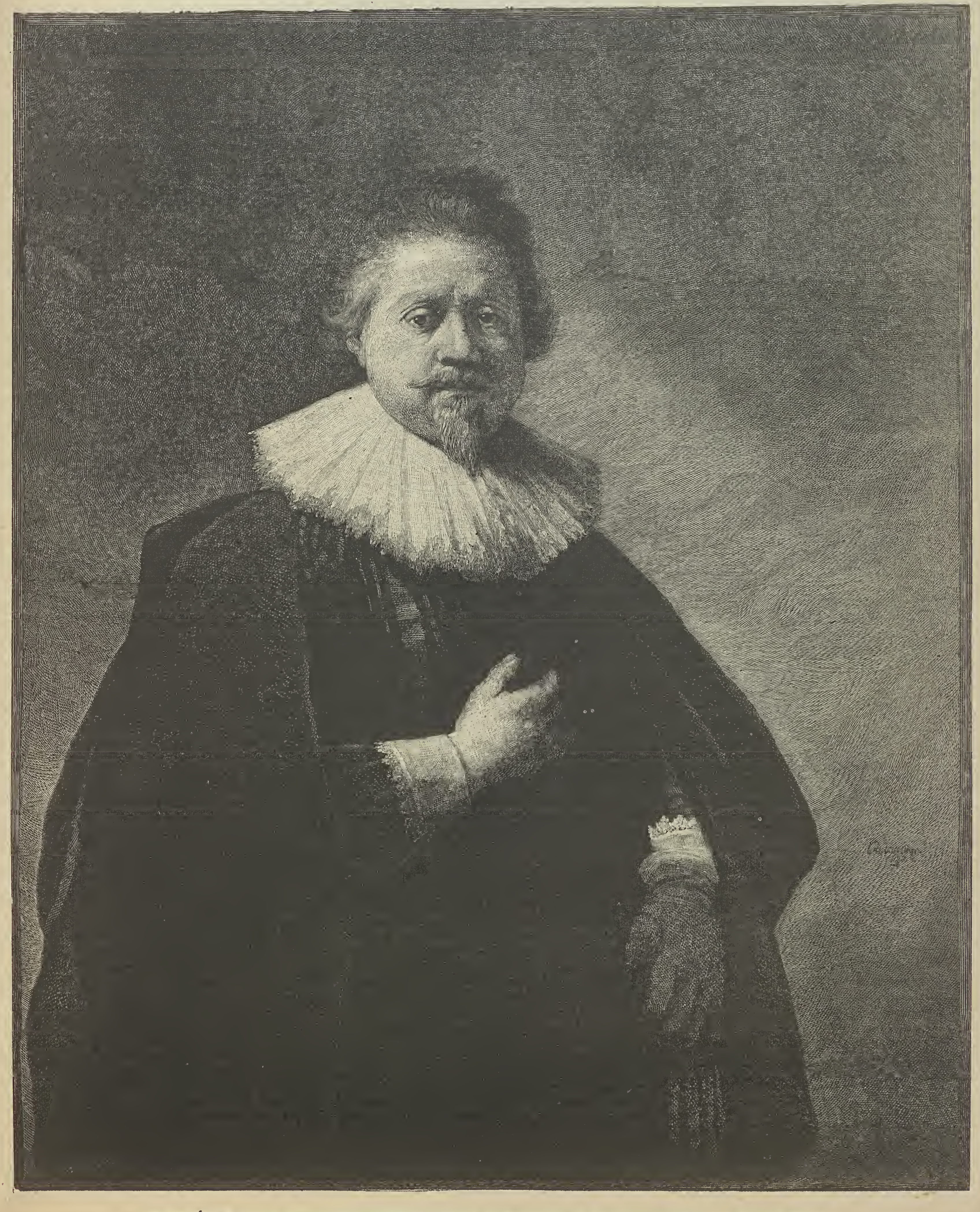
LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 23 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 404

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CRISTIÁN PABLO VAN BERRSTEYN, retrato de Rembrandt (cedido al museo de Nueva York)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CRISTIÁN PABLO VAN BERRSTEYN,

retrato de Rembrandt

Grabado por Baude

Cuando se ha visto un cuadro del insigne pintor flamenco, es imposible confundir las obras del pincel de éste salidas con las de ningún otro artista ¡tanta y tan especial es la impresión que producen! En los retratos de Rembrandt no ha de buscarse la variedad de colores ni la riqueza de detalles, así de ornamentación como de indumentaria: modelos de sobriedad, de sencillez y de naturalidad, no hay en ellos nada que pueda distraer el ánimo del espectador y aun los mismos contrastes entre los tintes claros y los obscuros, casi negros, atraen con más fijeza la mirada y dejan indeleble recuerdo en la memoria del que los contempla.

El retrato que reproducimos y cuyo original ha sido ofrecido por un rico aficionado americano al Museo de Nueva York puede figurar entre los mejores pintados por el incomparable maestro, cuyos cuadros ocupan lugar preferente en los Museos de todo el mundo.

EN LA CASA MORTUORIA,

cuadro de Walter Firle

(Exposición Artística internacional de Munich 1888)

Cuando se expuso este cuadro en la Exposición Artística Internacional de Munich de 1888, los críticos alemanes opinaron á una que esta obra de un compatriota suyo era una de las que más brillantemente representaban en aquel certamen la nueva tendencia de la pintura alemana á buscar fuera de los antiguos y obscuros moldes la luz y la riqueza de colorido que por regla general faltaban en los lienzos de anteriores aunque recientes épocas.

Mas no creemos que sólo bajo este concepto excitara la admiración de todos el cuadro de Firle, pues por encima de las perfecciones técnicas aparecen en él la delicadeza de la concepción y el sentimiento de que toda la obra está impregnada: aquella pobre y limpia estancia bañada por el sol que penetra á través de grandes ventanas, aquel cadáver cubierto por transparente gasa y encerrado en modesto ataúd, aquellas figuras animadas por la curiosidad unas, otras por la tristeza y por cierto temeroso respeto todas, y sobre todo aquella madre que con nuestro Campoamor podría exclamar «¡Me ahoga el llanto!» tanto es el dolor que su actitud revela, y que no quiere separarse hasta el último momento de los inanimados restos de su hija, son, en nuestro concepto, detalles muy superiores á las excelencias de ejecución que, con ser muchas, quedan obscurecidas por las bellezas que emanan del sentimiento.

EN LOS ARENALES DE JONA,

cuadro de J. Clarke Hook

Setenta años va á cumplir el ilustre pintor inglés Clarke Hook que á los veintiséis ganaba su primera medalla de oro en la Real Academia de Londres y á los cuarenta y uno era por unanimidad nombrado individuo de ésta.

Difícil sería enumerar los infinitos cuadros que su pincel ha producido é imposible hacer la lista de los dibujos y croquis que su lápiz ha trazado. Su carrera artística en la que los triunfos se suceden con increíble rapidez, puede dividirse en cuatro períodos perfectamente distintos: en el primero, sus cuadros no se apartan de la escuela inglesa y acusan la influencia de su maestro, el insigne Hilton; en el segundo, que coincide con su excursión por Italia (1846 á 1848), el estudio de los grandes maestros Fra Angelico, Ghirlandopo, Ticiano, Tintoreto, Palma Vechio y sobre todo Carpaccio y Manzueti le hace entrar de lleno en la escuela italiana y entonces salen de su pincel sus obras verdaderamente grandiosas de asuntos casi siempre románticos tomados de la historia de la Edad media italiana; en el tercero, que empieza en 1853, vuelve á sus antiguas aficiones, á los temas ingleses, pero los desarrolla con arreglo al género de la pintura que aprendió en Italia; y en el cuarto una larga permanencia en el campo, á donde fué á vivir en 1857, le identifica de tal manera con la naturaleza, de tal suerte le hace adorables las bellezas de que ésta es fuente inagotable que abandonando el género histórico se consagra exclusivamente á pintar escenas campestres ó episodios de la vida de mar: hoy por hoy, retirado en su magnífica quinta *Silverbeck*, son sus tipos favoritos los labradores y los pescadores y sus lugares predilectos las campiñas y las playas.

A este último período corresponde el cuadro que reproducimos y en el cual no sabemos qué admirar más, si el delicioso grupo del primer término formado por delicadas figuras ó la inmensa superficie de agua que le sirve de fondo y que nos presenta en toda su grandiosidad la naturaleza característica del grupo de las Hébridas de que forma parte la isla de Jona.

DAMA DE LA ÉPOCA DEL DIRECTORIO,

cuadro de Francisco Masriera

La distinción y la elegancia son indudablemente las notas características de la inmensa mayoría de las obras de Francisco Masriera: examínense sus retratos, sus odaliscas, sus tipos de fantasía, sus figuras todas, en una palabra, y casi en ninguna de ellas se encontrará la menor nota discordante que empañe el tinte de buen tono que en tales lienzos campea.

La *Dama de la época del Directorio* dibujada con extrema delicadeza y pintada con singular maestría constituye una nueva prueba en pro de nuestro aserto: su rostro más que hermoso es distinguido, su cuerpo más que esbelto es elegante y la actitud que guarda, las telas que viste y el tapiz sobre que destaca su figura más que otra cosa acusan cierto no sé qué aristocrático que cautiva.

¿Hemos de decir que además de estas bellezas tiene el cuadro de Masriera un colorido brillante, rico y simpático? Es tan natural en este artista el perfecto conocimiento del arte de combinar y aplicar los colores que basta indicar que una obra es suya para que se sobreentienda que como pintura nada deja que desear.

LA NIÑA TERCA, cuadro de Bouguereau

(Exposición Universal de París)

En una sola palabra se han resumido las cualidades que adornan á Mr. Bouguereau: la perfección. La obra más insignificante de este maestro concienzudo é irreprochable ofrece tales encantos que es preciso convenir en la justicia del calificativo de perfecto que se le ha dado y que sólo quieren negarle desdeñosamente aquellos á quienes ciega el despecho de no poderse parecer á él.

La niña terca es una escena íntima tomada de la realidad y fijada con tanta sinceridad como arte: quizás pudiera reprocharse al pintor el haber impreso un sello demasiado elegante en esas dos muchachas campesinas; quizás alguien diga que la pureza de líneas del rostro de la hermana mayor que intenta hacer sonreir á su hermanita y decidirla á acometer una tarea que no es de su gusto, y que la delicada carita de la testaruda niña que no quiere dejarse convencer con halagos y caricias como antes no quiso ceder á las amenazas y á los castigos, quizás alguien diga – decimos – que aquella pureza de líneas y esta delicadeza no son precisamente lo que más abunda en los campos y en las chozas de humildes labradores; pero después de todo ¿qué importa? ¿Por ventura no es propio del artista idealizar sus modelos? Y siendo esto así ¿puede censurarse á Bouguereau porque nos muestra al través de un prisma encantador lo que su inspiración le dicta, sobre todo si al hacerlo crea una realidad seductora?

LOS FUNERALES DE BRITANICO

cuadro de J. Mazzioli (grabado por Cantagalli)

Los funerales del infortunado hijo de Claudio y de Messalina envenenado por Nerón en el año 56 de la era cristiana han inspirado á Mazzioli su mejor cuadro que es, á la vez, uno de los más notables de la escuela italiana histórica moderna. Desde la galería del palacio de los Césares de Roma dos mujeres contemplan el entierro de Británico que en confuso tropel desciende por la escalera del fondo iluminado por innumerables antorchas cuyas rojizas llamas azota el viento: Octavia, la más joven, esposa de Nerón, procura ocultar el dolor que en ella produce la vista del cadáver de su hermano; Domicia, tía materna de Nerón y mortal enemiga de Agripina, apenas puede disimular la satisfacción que siente al ver inutilizado al infeliz mancebo á quien ésta quería hacer servir de instrumento para sus ambiciosos planes contra su propio hijo, el emperador.

Esta obra que retrata gráficamente el efecto que produjo en la corte de Nerón el triste fin de Británico, obtuvo un éxito asombroso en la Exposición de Bolonia de 1888 en donde no cesaron de admirarse la exactitud de sus detalles arquitectónicos, el movimiento y expresión de sus figuras y la verdad y fuerza de su colorido.

Juan Mazzioli, que sólo cuenta treinta y cinco años, es profesor honorario de las Academias de Módena, de Florencia y Turín, posee una instrucción vasta y una sólida educación artística, concibe con facilidad y ejecuta con espontaneidad suma, cualidades que explican por qué pinta tanto y por qué son tan estimadas sus obras así en Italia como en el extranjero.

NICOLAS ALEXANDROVITCH, GRAN DUQUE HEREDERO DE RUSIA

El primogénito del Czar Alejandro III nació en San Petersburgo en 18 de mayo de 1868, es atamán de todos los cosacos de Rusia (título que lleva el heredero del gran Imperio moscovita), jefe del regimiento de guardia de Volynia, del de infantería de Moscou, propietario del regimiento austriaco de hulanos núm. 5, jefe del regimiento prusiano de húsares de Westfalia, etc., etc.

A pesar de todas estas jefaturas carece hasta el presente de historia militar, pero por desgracia para Europa no está, según todas las probabilidades, lejano el día en que podrá demostrar sus cualidades como guerrero, sólo manifestadas hasta ahora en revistas y maniobras.

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA HIEDRA

(Conclusión)

– ¿Es de V. este dinero? – dijo el juez.

– Sí, señor. Son mis ahorros.

En este momento el amanuense que acompañaba á aquél, presentóle una punta de cigarro hallada en el suelo.

– ¿De quién era este cigarro? – volvió á preguntar el juez á la criada.

– Mío, señor, – contestó ésta bajando la cabeza.

– ¿Fuma V.?

– Sí señor, algún cigarrillo en mi cuarto. La señora me ha pegado esta debilidad.

– ¿Fuma su prima de V.? – dijo el juez á doña María, que estaba presente.

– Sí señor, como buena americana.

V

Desde el cuarto de la criada pasaron al gabinete. Había allí una sillería, un espejo grande y una cómoda, de cuyos tres cajones, sólo el superior estaba cerrado con llave. Registraron minuciosamente los abiertos, hallando sólo cintas, abanicos, y adornos propios de señora.

– ¿Tiene V. ó sabe de la llave de este cajón cerrado? – preguntó el juez á Marta.

– No señor, debe habérsela llevado el ama, como acostumbra.

El juez hizo descerrajar el cajón. Encontróse allí en un lado un legajo de papeles, que entre otros contenía la fe de bautismo de doña Carmen Ripalda, la fe de defunción de su marido, y su padrón de vecindad. En el otro lado había una cajita con dos sortijas de escaso valor, una pulsera muy sencilla de oro, y unos pendientes, también de oro, metidos en su estuche. Además, en un saquito de piel se hallaron 340 reales en oro y alguna plata.

– ¿Son éstas todas las joyas de su señora de V.? – dijo el juez á Marta, que presenciaba el registro.

– Yo no he visto otras, sin contar las que mi ama llevaba ayer puestas.

– ¿Cuáles eran?

– Unos pendientes de oro con una piedra cada uno, un brazalete, dos sortijas, y un reloj chiquito con su cadena.

– Pues á mí me parece – observó doña María – que mi prima debía tener algunas alhajas más.

– Yo no las he visto, – repitió la criada.

Del gabinete pasaron á la sala. En ésta no había ningún mueble cerrado.

Entraron en una pieza grande, situada á un lado del pasillo. Había allí un armario con la llave puesta, que tenía tres tablas arriba y dos cajones abajo, que no estaban cerrados con llave.

Registráronlo todo, no hallando más que ropas de cama, chambras, pañuelos, dos vestidos de seda tendidos en las tablas y algunos objetos insignificantes.

Pendientes de dos perchas, había otros vestidos y pañuelos de abrigo.

En un rincón de la pieza encontraron un cofre grande chapeado de metal, como los que se usan para viajes marítimos. Estaba cerrado, y no dando razón la criada de la llave, se descerrajó. Encontraron en él un uniforme de teniente coronel de infantería y varios legajos de papeles, pero nada más.

– Según afirma esta señora, – dijo el juez indicando á doña María y dirigiéndose á Marta, – su ama de V. usa cubiertos de plata para comer.

– Sí señor.

– ¿Dónde están?

– Pues deberán estar en el cajón de la mesa de la cocina.

Efectivamente, en el sitio indicado encontraron seis cubiertos de plata y un cucharón.

– Creo que mi prima debía tener, por lo menos, una docena de cubiertos.

– ¿Qué dice V. á esto? – preguntó el juez á la criada.

– Que yo no he visto nada más que los que están ahí.

Omito detalles. Se hizo un escrupuloso registro de la casa, y no se halló nada de particular ni de sospechoso. Todo estaba en orden.

– Señor juez, – dijo doña María, – echo también de menos dos retratos en miniatura con marco de oro, uno que representaba á mi prima, y el otro á su difunto esposo el coronel Galindo.

– ¿Ha visto V. esos retratos? – dijo el magistrado á la criada.

– El de mi señora le he visto hace mucho tiempo porque ella me lo enseñó.

– ¿Y el otro?

– Nunca, señor.

VI

Iba ya cayendo la tarde.

El juez dió por terminado el registro, y se sentó en un sofá de la sala, á reflexionar.

Primeramente había sospechado, como es natural, de la criada y de doña María; pero eran tan terminantes y precisas las declaraciones de ambas, que el magistrado se inclinaba á creer en la inocencia de las dos.

Doña Carmen podía haber sido víctima de una agresión ó de un lazo; las condiciones del Madrid de aquel tiempo se prestaban á ello; pero ¿cómo, cuándo? Esta suposición no era verosímil, supuesto que la señora desaparecida había salido de día y por las calles de Madrid, y tenía costumbre de volver á su casa ó ir á la de su prima, antes de ser de noche. Además, la policía, aunque escasa y deficiente en aquellos tiempos, estaba advertida, y en cerca de dos días nada había descubierto.

La idea de un suicidio era inverosímil y más la de una fuga ó viaje repentino.

En la casa no había robo aparente, supuesto que se encontró todo en orden y además alhajas y dinero.

La criada tenía buenos antecedentes y un aspecto que alejaba las sospechas.

Pero lo cierto era que una mujer había desaparecido.

El juez estaba preocupado, y fiándolo todo al tiempo, hizo lo que todos los jueces. Necesitaba una base, buena ó mala, para descubrir el crimen (si lo había) y determinó reducir á prisión á la criada.

Cuando la notificó esta resolución, Marta, protestando de su inocencia, puso el grito en el cielo, como suele decirse. El juez, aunque dándola á entender que se inclinaba á creer en su inculpabilidad, se sostuvo en su resolución.

Llevóse las llaves de la casa, selló la puerta, y siendo ya de noche, hizo que condujesen á la criada á la cárcel de mujeres, dejándola incomunicada.

Excitó el celo de la policía, libró exhortos á todas las cabezas judiciales de partido, y en fin puso en juego todos los escasos recursos de investigación de aquellos tiempos.

Pero los días pasaban y nada se descubría. Marta se sostenía siempre en su primera declaración, y las de los amigos y relaciones de doña Carmen no arrojaban ninguna luz.

El magistrado estaba perplejo y admirado. Nunca había tropezado con un suceso semejante. Cuando en un crimen, por muy misterioso que sea, hay víctima ó víctimas, y aunque no se identifiquen las personas agredidas, el reconocimiento de los cadáveres, y las condiciones de la muerte, dan algunos indicios; pero es el caso que allí ni aun se sabía si había crimen.

Como es consiguiente, investigáronse los hospitales y casas de asilo, en la suposición de una enfermedad repen-



EN LA CASA MORTUORIA, cuadro de Walter Firle (*Exposición Artística Internacional de Munich* 1888)

tina de doña Carmen, así como también las casas de dementes.

Pero nada se averiguó; parecía como que á aquella señora se la había tragado la tierra.

Aquella esfinge irritaba al juez.

Transcurrieron dos meses. Se cerró el sumario de la causa *pro fórmula*, porque sólo se sabía lo mismo que el primer día.

Marta, que hacía tiempo estaba en comunicación, era una presa ejemplar. Tranquila y resignada, aunque no enteramente buena de salud, se hacía notar por la asiduidad con que cumplía los preceptos de la religión.

Recibía algunas cartas que leía el alcaide de la cárcel. Todas eran procedentes de Badajoz y en ellas una tía suya la daba consuelos y la aconsejaba la resignación, y sin duda para distraerla, la hablaba de los acontecimientos de la localidad: un pariente que había muerto, una amiga que se casaba, la ausencia ó regreso de alguna persona. En una de ellas decía:

«Diego, el hijo de la tía Petrona, ha venido. Ha comprado un cajón de quincalla, y vende por los pueblos inmediatos.»

En otra de las últimas decía también:

«Diego, aburrido de sólo sacar para mal comer, se ha enganchado en una empresa, que lleva gente á Buenos-Aires. Ayer salió de aquí, despidiéndose de todos.»

Desde que Marta recibió esta carta varió de aspecto. Perdió su tranquilidad y á veces tenía crisis nerviosas. Una enfermedad del corazón de que padecía, fuese agravando, y tuvo que ser trasladada á la sala de enfermas.

Pasados ocho ó diez días, mostró deseos de ver al juez que había actuado en la causa de la calle de la Hiedra, y de buenas á primeras, le dijo:

«Señor juez, he perdido toda esperanza. La conciencia me mata. Voy á confesarlo todo.»

A consecuencia de esta confesión, abrióse de nuevo el proceso que estaba casi archivado; pero cuando comenzaban sus trabajos el fiscal y el abogado defensor nombrado á Marta, murió ésta repentinamente de la rotura de un aneurisma.

Ahora, he aquí el relato de la confesión que Marta hizo al juez, ampliado con las deducciones consiguientes.

VII

Antes de salir de Badajoz, lugar de su nacimiento, para venir á Madrid, Marta había tenido amoríos con un mozo llamado Diego. Era éste, según se deduce, holgazán y aventurero, y después de haber servido en la milicia provincial, y luego en la Isla de Cuba, hallábase en Madrid reducido á la mayor miseria. La casualidad que á veces es también la fatalidad, hizo que Diego encontrase á Marta, una mañana en que ésta hacía la compra diaria. Había servido aquél en Ultramar en el mismo cuerpo que el difunto coronel Galindo, y sabía que doña Carmen Ripalda al casarse con éste, le aportó un mediano dote, y esto sin duda le sirvió de base para suponer que el ama de Marta debía tener algún dinero, y fué como el embrión del proyecto que después llevó á cabo.

Fingió que el amor que había sentido por Marta en su primera juventud, renació en él al verla, y aquélla, crédula como la mayor parte de las mujeres, dejóse engañar, con más facilidad por cuanto Diego era un guapo y arrogante mocetón de 36 años de edad.

Es de suponer lo que sucedió. Cuando Diego estuvo seguro de la pasión que inspiraba á su antigua novia, fué labrando en ella y familiarizándola con el golpe de mano que fraguaba. No hay conciencia de mujer enamorada que resista á esta prueba, y la de Marta dejóse vencer.

Maduraron su proyecto, por el cual se comprende que Diego tenía una inteligencia superior para el mal.

Una noche, á las altas horas, cuando todos estaban recogidos en la casa de la calle de la Hiedra, la criada abrió sigilosamente la puerta á su amante, provisto de cuanto era necesario para el logro de su objeto.

Diego y Marta sorprendieron á doña Carmen dormida en su cama, y la estrangularon.

Seguramente, para robarla no hubieran tenido necesidad de llegar á tal violencia, pero Diego era previsor, y como en aquella época la fuga era más difícil que ahora, por la carencia que entonces había de medios de locomoción, quiso asegurar la impunidad, y optó por las resoluciones extremas.

En el resto del día, ambos cómplices se entregaron á detalles que horrorizan y admiran por lo bien pensados. Ya sabemos que la desdichada señora era enjuta de carnes y de exigua estatura; pero sin embargo, Diego la serró las piernas por la parte de las rodillas, á fin de poder doblárselas con el propósito que sabremos después. En esta operación procuraron derramar la menos sangre posible, que recogida en un barreño, y mezclada en porciones en varias vasijas, con grandes cantidades de agua, fué vertida por el albañal del común, sin dejar rastros de coloración.

La noche anterior Diego había ido á la casa del crimen, vestido con una blusa sobre la chaqueta y con un pantalón de lienzo blanco sobre el suyo de pana. Con este traje parecía un mozo de tahona, de los que reparten pan al rayar el día. Llevaba puesto un pañuelo á la cabeza y

EN LOS ARENALES DE JONA, cuadro de J. Clarke Hook, propiedad de sir John Pender



DAMA DE LA ÉPOCA DEL DIRECTORIO, cuadro de Francisco Masriera.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889



LA NIÑA TERCA, cuadro de Bouguereau, grabado por Baude

sobre ésta un serón grande, como los que se usan para llevar pan, medio lleno de serrín y tapado con una manta.

Doblaron las piernas de doña Carmen y envolvieron sus restos en un gran paño de estameña, con la idea que luego se aclarará. Hecho esto, colocáronla en el serón, cubriéndola después con una capa de serrín, para el caso improbable de que alguno apartase la manta con que debía ir cubierto aquél. El serón fué colocado debajo de la cama de la criada hasta el momento de sacarle.

Hecho esto procedieron al robo, teniendo cuidado de hacer el menor ruido posible, aunque esta precaución era casi inútil, puesto que los porteros estaban en el piso bajo, y en el único cuarto habitado, que era el principal de la izquierda, el marido estaba fuera todo el día y la mujer era muy sorda.

Doña Carmen sólo tenía cerrado el primer cajón de la cómoda, cuya llave encontraron en el bolsillo del vestido que tenía puesto la desgraciada señora. En el cajón hallaron varias alhajas y la llave del cofre grande de que ya se ha hablado. En éste encontraron también cerca de mil duros en onzas y medias onzas de Carlos III y Carlos IV, repartidas en cuatro bolsas de lona; y media docena de cubiertos de plata sin estrenar.

Diego, que lo había previsto todo, hizo varios paquetes de las monedas de oro, y los colocó en un cinto-bolsillo, para poder ceñírselo al cuerpo. Empaquetó también los cubiertos, de dos en dos, hizo lo mismo con las alhajas de más precio, que eran una cruz de brillantes, un brazalete con un diamante grueso, y dos sortijas de bastante valor. Dejó las joyas de menos valía para disimular el robo, así como también parte de una cantidad en plata suelta, que había en el cajón de la cómoda.

El objeto era desorientar á la justicia, y Diego por esto resistió á su codicia que le impulsaba á llevárselo todo. Tenía además necesidad de dar garantías á Marta, que difícilmente se resignaba á quedarse en la casa. Tenía absoluta confianza en ella, y necesitaba un cebo que arrojar á la justicia mientras él se ponía en salvo.

Del dinero robado sólo la dejó ciento sesenta reales, á fin de no excitar sospechas.

Había dicho á su cómplice:

«Si huimos los dos, seremos seguramente cogidos. Quedándote tú, como nada podrá descubrirse, sufrirás algunos meses de cárcel, y no tendrán más remedio que ponerte en libertad, por falta de pruebas. Yo te aguardo en Badajoz, y allí nos casaremos y seremos felices.»

Los amantes asesinos esperaron á las altas horas de la noche. Diego tuvo la bárbara tranquilidad de saborearse con la comida destinada á doña Carmen. Hora y media antes de amanecer hizo aquél sus preparativos.

Ciñóse el cinto con el dinero, repartió los paquetes de alhajas y cubiertos en los bolsillos de la chaqueta y pantalón. Púsose uno blanco encima, así como también una blusa, cargó con el serón en que estaban los restos de la infeliz señora, y abierta por Marta la puerta de la calle, salió á ésta, después de cerciorarse de que no andaba por allí, alguno de los escasos serenos que entonces había. En aquel traje de repartidor de pan no podía ser sospechoso.

Salió de la calle de la Hiedra por un rompimiento que había (y hay) que da á la Ronda del Casino, llegó á una alcantarilla honda y oscura situada al pie del cerro en donde está el arrabal de Atocha, y allí arrojó los restos de la señora asesinada, que como sabemos, estaban envueltos en un paño de estameña, para que se confundieran con el oscuro suelo de la alcantarilla. Lejos de aquel sitio, hizo pedazos el serón, desparciéndolos á trozos por distintos terrenos, y hecho esto se volvió á su casa, que la tenía en la calle del Gobernador.

Vivía en un cuartucho en compañía de un barrendero y su hijo, que también tenía este oficio, y como ambos estaban ausentes todo el día, Diego usaba una llave para entrar y salir. El día anterior se había despedido de ellos diciéndoles que estaba enganchado para Ultramar. Seguro de que la habitación estaba sola, volvió á salir, compró un cofre grande, llevóle á su vivienda, hizo el equipaje, fué á pagar un asiento de galera, que había dejado apalabrado, á la calle de la Aduana, y á las ocho y media de la mañana salía de Madrid para Badajoz.

Será superfluo advertir que había dado á Marta las más minuciosas instrucciones, respecto á lo que debía hacer y declarar.

Ya en Badajoz, compró un cajón de buhonero, y hacía frecuentes entradas en el fronterizo Reino de Portugal. Es de suponer que allí vendiese las alhajas robadas, al mismo tiempo que la bisutería que llevaba.

Así que pudo, y para mayor seguridad, se despidió casi repentinamente de las personas á quienes trataba más íntimamente, diciéndoles que se iba enganchado á la América del Sur; pero su viaje fué á la Isla de Cuba, con propósito, en caso de peligro, de pasar á los Estados Unidos.

Estos detalles últimos se han sabido por el mismo Diego; pues quizá providencialmente, los dos factores de tan horrendo delito, murieron prematuramente. Aquel desalmado, riñendo en Matanzas con un mulato, recibió una herida de cuyas resultas sucumbió á los dos meses. En sus últimos días se espontaneó con un paisano suyo, primo del entonces amanuense de curia, que me ha referido el relato que acabo de hacer.

Tal fué el crimen de la calle de la Hiedra, tal vez el mejor concebido y perpetrado de cuantos ha habido. Tuvo gran resonancia entre la gente de curia, pero por su rápido desenlace, apenas trascendió al público.

F. MORENO GODINO

EL NIETECITO

CUENTO INCLUSERO

Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados, – dijo un poeta de segundo orden á mediados del siglo XVIII: y axioma tan vulgar y verdad tan de á folio, puede aplicarse, lo mismo que á los hombres, á todos los productos del ingenio humano. Cuadros, novelas, estatuas, dramas, óperas y cuentos, pueden tener en sí mismos méritos suficientes para alcanzar del público favor y aplausos, pero no á todos acompaña la misma *fuerza del sino*, la misma estrella, las mismas condiciones de brillo y esplendor. Hay obras artísticas ó literarias, que desde su *gestación* en el cerebro que las crea, se ven arrulladas por el céfiro de la publicidad, esperadas con anhelo por la impaciencia pública, juzgadas *á priori* con benevolencia adivinatoria; hay obras artísticas, que aparecen por primera vez al público, en lujoso salón aristocrático, entre perlas y brillantes, princesas y embajadores; hay comedias afortunadas, cuyos intérpretes arrebatan, y cuya *mise en scene* asombra y cautiva; y hay al mismo tiempo, obras que nacen muertas, sea el que quiera su mérito intrínseco, por la pobreza de la exhibición, por la nulidad del *medio ambiente* en que aparecen, por la miseria de que se ven rodeadas. Escríbase hoy un *zorcico* para que lo cante Gayarre, y el tal *zorcico* dará la vuelta al mundo civilizado entre lluvia de flores, atronadores aplausos y vítores sin cuento. Y el *zorcico* será precioso, característico, ideal, único... ¡Cuántos y cuántos millares de *zorcicos*, tan ideales y tan característicos como el afortunado, rodarán oscurecidos por las montañas *euskaras*, fraseados torpemente por las gargantas vulgares de amas en casa de los padres y quintos de caballería!

Canten la ópera nueva *I pescatori di perle* los artistas de la compañía de los Jardines del *Buen Retiro* de Madrid, y se oirán los silbidos y las pateaduras desde la plaza de Oriente.

Si cualquiera de los admirables lienzos que asombran hoy con justicia, en los muros de San Francisco el Grande, hubiera sido comprado por el Ayuntamiento de Ocaña para adornar la capilla de San Pascasio, allí moriría entre los ojos ignorantes de los ocañenses destripaterrones.

Unos nacen con estrella
y otros nacen estrellados

Y lo mismo puede decirse de las novelas; y lo mismo de los cuentos. No aludimos á esas obras, admiración perpetua *per se*, de pueblos y edades. No puede hacer pañales más pobres ni *decoración* tipográfica más asquerosa que la primera edición del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, obra, después de muerto su autor sobre todo, la más leída, la más admirada, la más reproducida por la imprenta, por el pincel, por el buril, de cuantas ha producido el ingenio humano. Pero de esas obras, hay una *lo más* en cada nación. Excepto esa *obra única* de cada país, sin contar los países que no tienen ninguna, todas las demás sufren la suerte ó la desgracia de su cuna.

¡Cuentos! Expresión literaria la más vulgar del arte de escribir. ¡Cuántos serían, no sólo no aplaudidos, sino perpetuamente ignorados, á no tener por padres ilustres á *Bocaccio*, á *Hoffman*, á *Lafontaine* ó á *Edgard Poe!* Y ¡cuántos y cuántos yacen ocultos, anónimos, condenados á oscuridad perpetua, encerrando bellezas intrínsecas, lecciones profundas, chistes inimitables y verdadera sabiduría! De entre estos he escogido hoy uno al azar, corto, sencillo, tierno y filosófico.

¿Dónde ha nacido? ¡Qué sé yo! – ¿Quién me le ha contado? ¡Vaya V. á saberlo! – ¿De quién es? Mío, tuyo, suyo! de todo el mundo. Precisemos algo más. – ¿En qué país pasa la acción? Aquí, allí, en cualquier parte. – ¿Quiénes son los que en él intervienen? Yo, tú, aquel, nosotros, vosotros, aquellos.

No se cansen mis lectores en averiguaciones. Es un cuento sin patria, sin nacionalidad, sin autor, sin aparato escénico; sin ambiente, sin auras ni brisas; sin nombre y sin nombres. ¿Es un símbolo? ¡Puede! ¿Es un *sucedido?* Acaso. Lo que es indudablemente es... un cuento inclusero. Y va de cuento.

– Hijos míos, – decía á su hijo y á su nuera, recién casados, un pobre anciano, – he aquí cuanto poseo; tomadlo para que podáis atender mejor á vuestras obligaciones; yo ya no tengo fuerzas para trabajar, y ese dinero me es inútil. No tengo necesidades, y para los pocos días que he de vivir, con pan y tranquilidad tengo bastante. Ambas cosas las tendré si queréis darme un sitio en vuestra mesa y otro en vuestro hogar. Así moriré contento; – y tendió los brazos á sus hijos que se arrojaron en ellos llorando.

– Sí, padre mío, – le dijo el hijo; – siempre viviréis con nosotros.

– Sí, – continuó la esposa, – ambos nos disputaremos la dicha de serviros. ¡Qué dichosos seremos en vivir los tres juntos! Siempre contentos el uno del otro; siempre de acuerdo.

El anciano al escuchar tan dulces palabras, estrechó á sus hijos contra su corazón y se oyó un inefable concierto, en el que se confundieron los juramentos más sagrados y las más santas promesas.

En el primer año, nada vino á turbar la unión, tan piadosamente jurada. El marido estaba siempre ocupándose de su padre, y la mujer no escaseaba los cuidados que había jurado prodigar al anciano. Nada había hecho aún entibiar el fuego que hacía mirar á los hijos como una felicidad, lo que luego mirarían quizá como un deber, y más tarde como una carga.

El matrimonio á los dos años tuvo un hijo, y nadie le recibió con más alegría que el anciano. Los abuelos quieren tanto á sus nietos! La debilidad de los seres cercanos al sepulcro, simpatiza tanto con la de los seres que acaban de nacer! Hay una inteligencia tan íntima entre la vejez y la infancia, estos dos crepúsculos de la existencia!

La mayor felicidad del abuelo era tener al nieto en sus brazos; mecerle para que se durmiera, y espiar sus dulces sonrisas al despertarse. El buen anciano iba contando por todas partes lo que le hacía tan feliz; necesitaba especificar á todo el mundo las gracias del chiquitín, y recitar á cuantos entraban en casa, las palabras que le había entendido; y se pasmaba de ver que no todos participaban de su alegría, y que entre los vecinos, había algunos, que, testigos de su alegría, parecían compadecerle, y se apartaban de él, volviendo desdeñosamente la cabeza.

Y es, que los buenos vecinos, cuya conducta sorprendió tanto al abuelo, habían reparado en la familia, desde el día del nacimiento del niño, un cambio que él no había advertido, absorto por el único pensamiento de su nueva dicha. No faltó alguna comadre que peroró largamente, sobre cierta variación en la conducta de la mujer para con el padre de su marido, concluyendo de este modo sus reflexiones:

– El pobre hombre, distraído con las gracias infantiles de su nieto, no echa de ver aún el abandono en que yace. ¡Dios quiera que permanezca mucho tiempo en su error y no se aperciba jamás de la indiferencia con que sus hijos empiezan á pagar sus bondades!

Lo que decían era verdad. La nuera, como afirmaban los vecinos, había transformado, de repente, su ternura; de la inmensa parte de amor que daba á su hijo, no la quedaba nada para el abuelo; sin duda su corazón no era bastante grande para encerrar con el cariño maternal, una pequeña parte de su antigua amistad filial.

El hijo, á quien sus negocios tenían fuera de casa, excepto á las horas de comer, no se inquietaba de los cuidados que reclamaba la vejez de su padre. Por la noche, en lugar de hacer, como antes, al anciano, una piadosa lectura, y preparar su espíritu á la oración, cogía al niño sobre sus rodillas, y se pasaba las horas haciéndole reir y bailar. Y entonces, únicamente, sentía el buen viejo, apoderarse la tristeza de su alma; separarle del niño á quien tanto quería, era hacerle sentir el dolor de su aislamiento.

Más tarde, cuando creció el niño y tuvo bastante fuerza para correr y jugar con los de la vecindad, el anciano se quedó cada vez más solo y desconsolado; su felicidad desaparecía, siempre que su nieto pasaba por delante del dintel de la casa, y como su nuera, que se había olvidado tan pronto de los cuidados que antes le prodigaba, no venía á consolarle en su abandono, no le quedaba más recurso, que meditar solo y lleno de tristeza, en los disgustos de su vejez.

– Sí, – decía para sí dando un suspiro; – mi hijo y su mujer, no son ya tan buenos para conmigo: apenas veo, y ni el uno ni la otra me tienden el brazo para sostenerme ni guiarme, dejándome andar á tientas en mi soledad. Estoy sordo, y se impacientan cuando no los oigo, ó no les contesto al instante: quizá – añadió con el acento de la más profunda tristeza – se rían de mis males y se burlen de mí, cuando yo no pueda verlos ni oirlos.

Con este último pensamiento, de la indiferencia de sus hijos, justificada por completo, el anciano se sintió agobiado; y cuando llegó la hora de comer, le dominaba de tal modo este cruel pensamiento, que se sentó á la mesa temblando. Creyó que todos sus movimientos eran espiados para criticarlos, y entonces sus manos temblaron más, y el temor de cometer una torpeza, que sirviese de pretexto á burlas irónicas dadas á sus movimientos, pesados por la debilidad de la edad, dió á éstos la torpeza que él tanto temía. La cuchara vacilaba entre sus manos, como si estuvieran convulsivamente agitadas por un estremecimiento nervioso, y cada vez que la llevaba á sus labios, dejaba caer, sin notarlo, un poco de caldo que se extendía sobre el mantel. La joven se lo advirtió, y el anciano á pesar de su poca vista, la vió expresar su disgusto en un gesto de desprecio. Entonces el viejo se levantó y con los ojos preñados de lágrimas, cogió su asiento entre sus temblorosas manos, y fué á sentarse en el rincón más obscuro.

Y el hijo no volvió á llamar al padre á la mesa de la familia.

Pero el nieto, que había visto llorar á su abuelo, fué á sentarse á su lado; y poniéndole sus manecitas encima de las rodillas, le hubiera mirado largo tiempo con dolorosa sorpresa, si su madre no le hubiera arrancado de aquel sitio con un movimiento de despecho.

Al día siguiente, el anciano se sentó, como la víspera, en un rincón, cuando llegó la hora de comer, y tuvo sobre sus rodillas el plato que contenía su comida: pero sus manos, cada vez más trémulas, aun cuando quisieron sostener el plato, fueron demasiado débiles y cayó éste al suelo, haciéndose pedazos.

Entonces, se enfadó la mujer, y el hijo no pudo contener un movimiento de impaciencia: el abuelo oyó los gritos de la nuera y vió el gesto de su hijo, y dió un gran suspiro.

Al otro día, cuando volvió á colocarse en su rincón obscuro, vió que sobre el banco que le servía de asiento habían colocado una cazuela de madera, con el alimento que debía comer. La cogió porque tenía hambre, y sin embargo, cuando su mano quiso llevar la comida á los labios, la dejó caer sin fuerza y no pudo continuar: gruesas lágrimas cayeron de sus ojos, y se quedó abismado en un pensamiento triste y profundo. Le sacó de él una manecita que tocaba la suya y una vocecita que le hablaba.

Era su nieto, que empinándose sobre las puntitas de los pies para coger la cazuela que el anciano tenía sobre las rodillas, le decía con su dulce voz:

– Abuelo, ¿es de madera el plato en que te han puesto la comida?

El pobre anciano no tuvo fuerzas para hablar y contestó al niño con un triste movimiento afirmativo de cabeza.

Algunos días después, cuando el padre y la madre estaban en la mesa, y el abuelo, siempre triste, continuaba en su rincón, el niño dejó de comer, y empezó á sacar del bolsillo una porción de pedacitos de madera, y á colocarlos con gran cuidado unos cerca de otros.

– ¿Por qué no comes? ¿Qué haces? – le dijo su madre.

– ¿Por qué no comes? ¿Qué juegos son esos? – le preguntó el padre.

El niño levantó su bonita cabeza, y fijando sobre su abuelo sus hermosos ojos azules, en los que brillaba una mirada inteligente:

– Abuelito, – le dijo, – estoy haciendo una cazuela para que coman papá y mamá, cuando yo sea grande!

Los dos esposos se miraron un momento en silencio y rompieron á llorar. El hijo se levantó, cogió á su padre de la mano y volvió á colocarle en la mesa de la familia. El nietecito echó los brazos al cuello de su abuelo y... *colorín, colorado, mi cuento ya se ha acabado.*

LUIS MARIANO DE LARRA

MIENTRAS FUÉ HERMOSA

LEYENDA HISTÓRICA ARÁBIGO-CORDOBESA (1)

No es posible, decía el Omeya Abderrahman V, que yo llegue á olvidar á Habiba.

Las prevenciones, que ha inspirado en su alma contra mí el pérfido Suleiman, su padre, serán un obstáculo perpetuo para el logro de mis amores. Hoy me abruma con sus desdenes mi prima, segura de que aquél no ha de consentir jamás en nuestro matrimonio, encendido hoy más que nunca su rencor hacia mi persona; porque he alcanzado una soberanía, que él ambicionaba. De buen grado lo sacrificaría todo por Habiba, arrojando á sus pies la corona del califazgo, al punto de abandonar el trono para que lo ocupara mi tío, si no abrigara la convicción de que inutilizaría mi sacrificio la enemistad que me profesa viejo tan caprichoso, siendo de temer, que sólo sirviera para ver más pronto á mi amada en los brazos de un rival odiado. En este abismo de dudas é inquietudes, que perturban continuamente mi alma, ¿qué me aconsejas, Alí, mi cariñoso, mi leal amigo?

Atento á las palabras del príncipe, el insigne poeta é historiador Aben-Hazm había escuchado su razonamiento sentado en un almohadón más bajo de aquel en que se reclinaba el monarca, y después de un corto intervalo de silencio, antes de exponer su opinión al califa, le dirigió respetuosamente esta pregunta: – Muley, le dijo, Al-lah es poderoso é inmutable: ¿recordáis, por ventura, la edad de vuestra prima?

Abderrahman se apresuró á contestarle: – En el próximo mes de Xanel cumplirá veintiséis primaveras.

– Entonces, repuso el sesudo ministro y alguacil mayor, la prolongación de vuestra pasión amorosa tiene plazo señalado. El poeta ha dicho: «La hermosura de la mujer árabe comienza á marchitarse antes de los treinta años, y rara vez conserva su brillo á los cuarenta.»

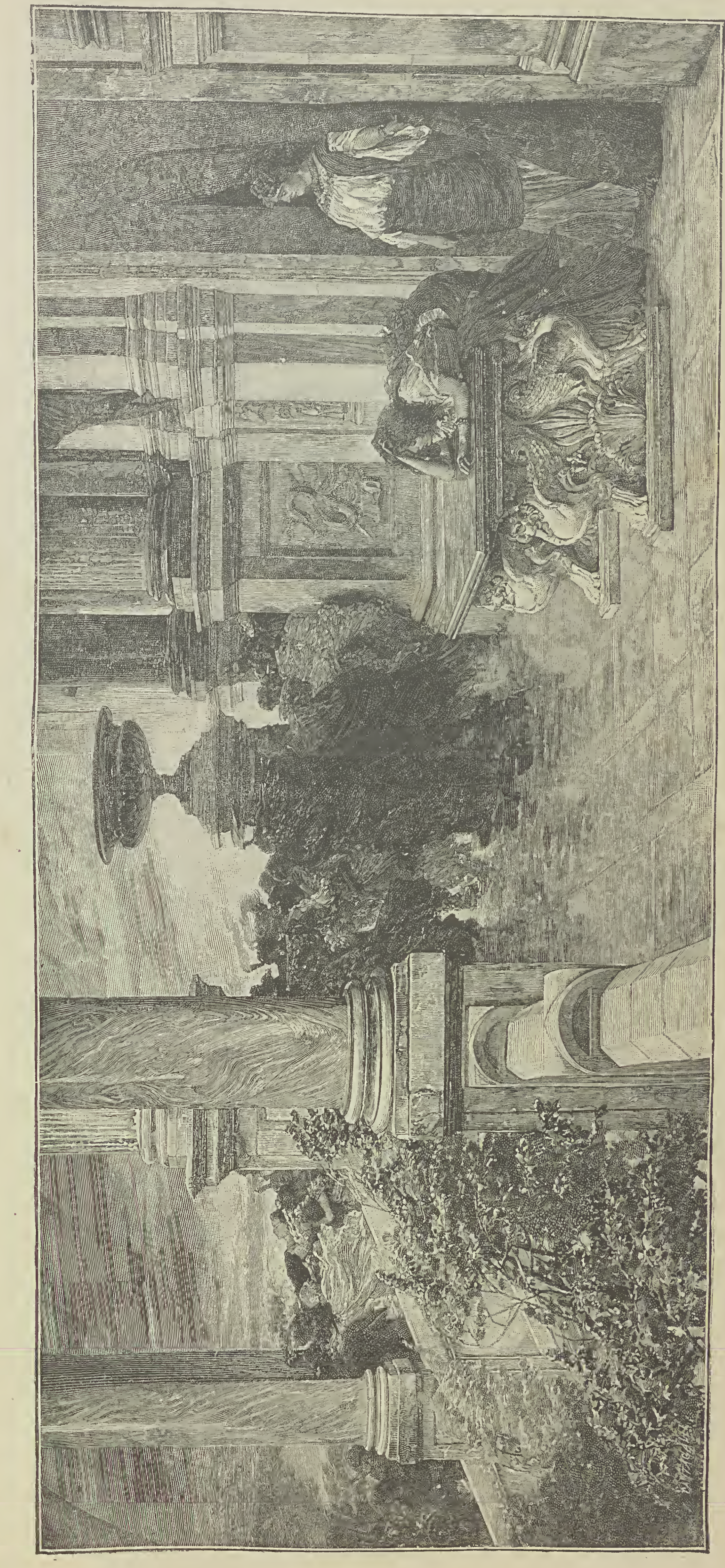
– Esto no es creíble, – replicó Abderrahman, – que pueda acontecer con la de Habiba; en todo caso, me persuado de que mi amor no se debilitaría, aunque por fallo incontrastable del destino se volviese fea.

– Así lo creéis, y no es imposible que cumpláis vuestro propósito; pero yo quisiera narraros una historia de amor tomada de mi propia vida, según aparece escrita en mi libro, que he dispuesto copiar para vuestra biblioteca (2).

Picada la curiosidad del califa le mandó que le refiriese los pormenores de aquella historia amorosa, mandato que obedeció el insigne historiador de la literatura de los árabes españoles, en estos ó parecidos términos:

«Había en el palacio de mi padre una joven hermosa y de noble alcurnia, la cual recibía en él la educación propia de su clase. Tenía diez y seis años de edad y á juzgar por mis recuerdos, no es posible que ninguna mujer la haya superado así en lo tocante á gentileza, entendimiento, recato y severidad de costumbres, como en lo relativo á la modestia y dulzura de su trato. No gustaba aquella doncella bellísima de donaires burlones ó chanceros, desdeñaba los requiebros de amor y hablaba de ordinario poco. Ninguno se atrevía á levantar su pensamiento hasta ella; su hermosura, sin embargo, conquistaba los corazones de todos; porque aunque altiva é incapaz de otorgar favores, tenía mayor encanto y seducción que la coqueta más astuta. Grave y seria en el gesto, desdeñaba las diversiones frívolas y en el tocar del laúd mostraba destreza incomparable.

Era yo adolescente, entonces, y no pensaba sino en ella. La había visto y oído hablar alguna que otra vez;



LOS FUNERALES DE BRITÁNICO, cuadro de Juan Mazzioli, grabado por Cantagalli (Exposición de Bolonia de 1888).

---

(1) Traducidos del arábigo y recogidos de la autobiografía de un historiador árabe español poco conocido, los materiales de esta leyenda, parece oportuno advertir que sus pormenores son, á lo menos, tan verídicos como la mayor parte de los que figuran en la relación de los acontecimientos, que se narran en diferentes obras de historiografía árabe.

(2) La obra á que se refiere el texto se intitula «Tratado del amor.» Gózase una copia de ella llegada hasta nosotros en el MS. de la biblioteca de Leiden, núm. 927. La historia que se va á referir se halla contenida en los folios 98 r. al 102 vuelto de dicho códice arábigo.

pero siempre en presencia de varias personas, siendo vanos, durante dos años, mis esfuerzos para hablarla sin testigos.

Ocurrió, un día, que nuestra morada fué teatro de una gran fiesta de las que suelen celebrarse en los palacios de los grandes. Fueron convidadas muchas señoras de mi familia y de la de mi hermano, no faltando tampoco en ella las mujeres de nuestros clientes y de nuestros servidores más dignos de aprecio. Después de haber pasado una parte del día en el palacio, se dirigieron las damas á unas galerías de miradores, en cuyos ajimeces se disfrutaba perspectiva agradable de Córdoba y de su dilatada campiña.

Como me hallase allí con ellas, procuré acercarme al alféizar en que se apoyaba la que era norte de mis deseos y luz de mis ojos, la cual luego que me vió se dirigió con airosa rapidez á otro lado. Seguíla aún; pero se hurtó de nuevo. Conocía, sin duda, mis sentimientos para con ella; pues las mujeres tienen más habilidad para descubrir el amor, que el beduino para reconocer la huella del camino que debe seguir, entre las arenas del desierto. En cuanto á las demás señoras no sospecharon nada; pues ocupada cada cual en proporcionarse el mejor punto de vista, no fijaron sus miradas en lo demudado de mi semblante.

Dispusieron, luego, bajar al jardín aquellas damas y las que por su posición y edad podían tener influjo sobre mi amada le rogaron que cantase alguna cosa; petición que, como era natural, apoyé con todas mis fuerzas. Tomó ella el laúd, templólo con una delicadeza, que aumentaba sus encantos, y acompañó con él una canción relativa á cierto amante, que sólo vivía pensando en una mujer que había contemplado sólo por un momento. Mientras cantaba, más que las cuerdas del laúd eran heridas por su plectro las cuerdas del corazón mío. Jamás se ha borrado de mi memoria aquel día delicioso, del cual habré de acordarme hasta en mi lecho de muerte.

Desde entonces, no volví á escuchar su voz, ni á verla en mucho tiempo.

Pocos días después, y á los tres de haber sido proclamado califa Mahdí (febrero de 1009), dejamos nuestro palacio nuevo, situado en el cuartel de la Axarquía al Oriente de Córdoba, es á saber en el arrabal llamado de Záhira, fundado y embellecido por Almanzor, para trasladarnos al antiguo que estaba en Balat-Mugueits (1), mas por motivos que sería ocioso exponer no nos acompañó mi amada.

Más adelante, restablecido Hixem II en el trono, los que se alzaron con el poder procuraron que cayésemos en desgracia, nos impusieron exacciones gravísimas y llegaron á encarcelarnos y, aunque pudimos conseguir la libertad, fué indispensable ocultarnos para evitar nuevas persecuciones. Sobrevino la guerra civil en que todos los muslimes padecieron mucho y en especial nuestra familia.

Entretanto, moría mi padre, el sábado 21 de junio de 1012, sin que, en tan terrible desgracia, se parase por un momento la serie de calamidades que llovían sobre nosotros. Poco después, falleció también uno de mis deudos. Asistiendo á sus funerales, llegó á mis oídos la voz de la señora de mis pensamientos que reconocí entre las que lloraban. Aquel día oprimían mi corazón grandes motivos de tristeza; parecían herirme de un golpe todas las desgracias juntas, y, sin embargo, al volver á contemplarla desapareció de mi vista, por un instante, aquel enojoso presente con todas sus penas y disgustos, su semblante me recordaba lo pasado, mi amor de joven, aquellos floridos días ya marchitos, creyéndome en el intervalo de aquella breve contemplación, joven y feliz como en otro tiempo. De aquel momento, desgraciadamente muy corto, me desperté á la realidad triste y sombría, agravado mi dolor con los sufrimientos que me producía un amor sin esperanza, todavía vivo é intenso. Algunos meses adelante, al apoderarse los berberiscos de la capital se fulminó contra nosotros una orden de destierro y tuve que abandonar á Córdoba, á mediados de julio de 1013.

Pasaron cerca de cinco años, sin que volviera á ver á mi hermosa; en fin, cuando torné á la capital en febrero de 1018, fuí á hospedarme á casa de una parienta mía, donde se ofreció aquélla á mis ojos. Estaba tan desfigurada que tuve dificultad en reconocerla, aunque me dijeron su nombre. Aquella flor, que en otro tiempo se contemplaba con asombro y que todos hubieran aspirado á poseer, imponiendo á todos respeto, mostrábase á la sazón ajada, y apenas le quedaban algunas señales que recordaran cuán bella fuera un día. En aquel tiempo calamitoso no había podido atender suficientemente al cuidado de su persona. Criada bajo nuestro techo, en medio del lujo, se había visto forzada á ganar su sustento con labor incesante. ¡Ay! ¡las mujeres son flores muy delicadas, y cuando no se las cuida se ajan hasta perder mucha parte de sus atractivos! Su hermosura no resiste como la de los varones al ardor del sol, á la corriente impetuosa del simun y á la intemperie de las estaciones, sin necesidad de muchos cuidados.

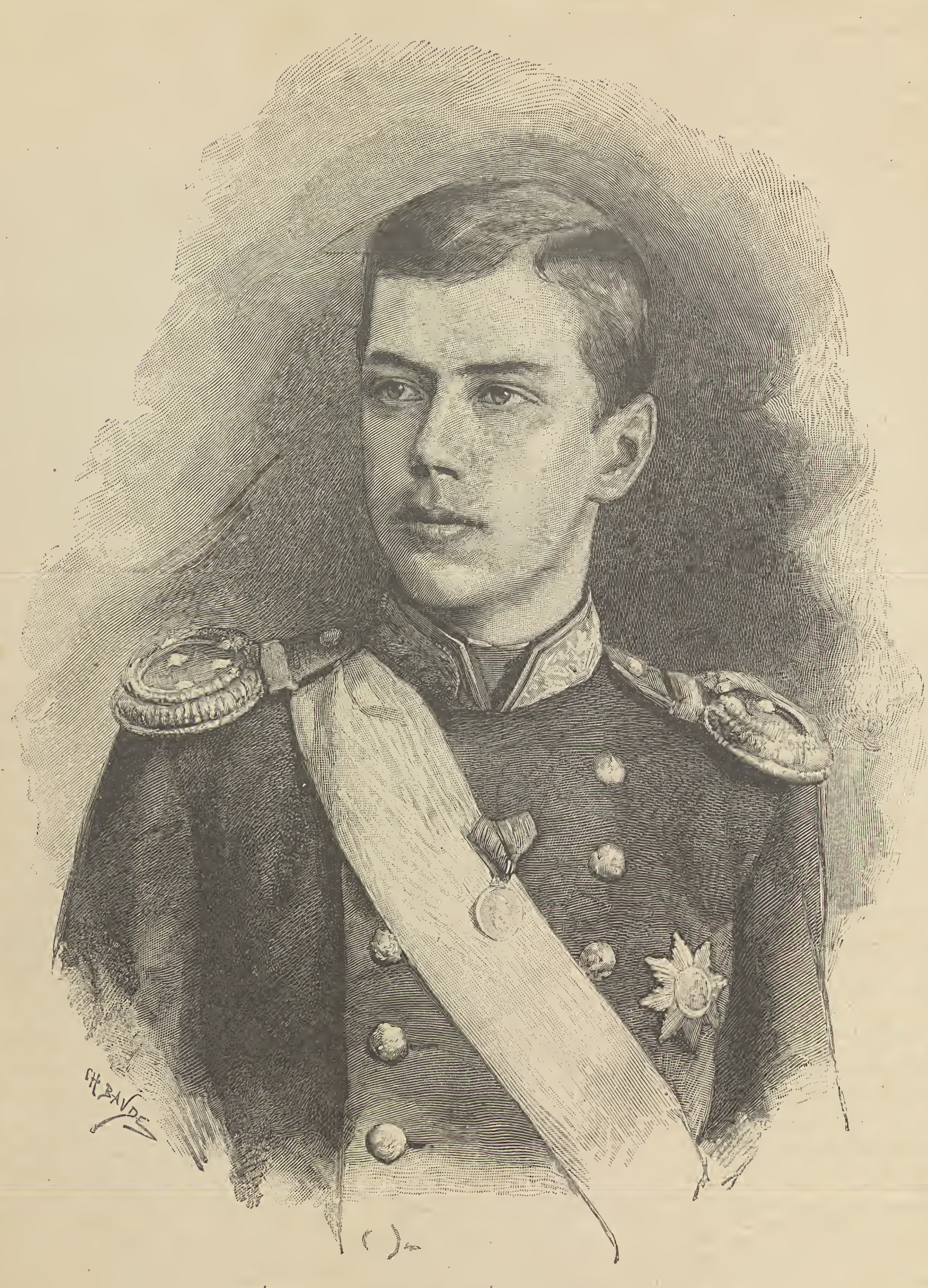
Con todo, aun hallándose de aquella suerte me hubiera hecho el más feliz de los mortales, si me hubiera dirigido una palabra de ternura; mas permaneció indiferente y fría, como lo había sido siempre para mí. Aquella frialdad me retrajo algo de pensar en ella; lo demás fué obra de la pérdida de su hermosura.»

Aunque la narración de Alí Aben-Hazm no respondía categóricamente á la pregunta de Abderrahman V, éste no pensó en reiterarla; tal cúmulo de reflexiones embargaron su alma, cuando cesó de oir la historia de su alguacil mayor. ¿Olvidó luego á Habiba? No tenemos medio de saberlo. Lo que nos consta muy cumplidamente es que, con haber sido brevísima la duración de su reinado, Abderrahman que era poeta como su ministro dirigió á los pocos días de aquella conversación cantos de pasión amorosa á otra bella (2), menos severa que Habiba aunque no menos ingrata.

F. Fernández y González

(1) *Balat-Mugueits* vale tanto como palacio ó alcazaba de Mugueits y llamábase así en Córdoba el barrio donde estaban los aposentos en que se alojó Mugueits, primer conquistador de dicha ciudad por los muslimes.

(2) Véanse en Almaccari (texto arábigo, ed. de Leiden) t. I, página 285.



NICOLÁS ALEXANDROVITCH, GRAN DUQUE HEREDERO DE RUSIA

NOTICIAS VARIAS

Rosal gigantesco. – El *Diario de las Rosas* nos da á conocer la existencia, en los Estados Unidos, de un rosal de dimensiones verdaderamente extraordinarias. Plantado hace cincuenta años en Charlestown (Carolinas), su tronco mide hoy 50 centímetros de diámetro en la base y sus ramas cubren dos cenadores ó glorietas cada uno de 52 metros de superficie; además, protegen de los rayos del sol un espacio de 20 metros de largo por 14 de alto, y las más superiores descuellan por sobre el tejado de la casa junto á la cual se levanta. Este gigantesco rosal se cubre literalmente de flores durante una parte de la primavera.

La presión del viento en las grandes construcciones metálicas. — La construcción de la torre Eiffel y la del gigantesco puente del Forth, cerca de Glasgow, en Escocia, han permitido á los ingenieros civiles hacer utilísimas observaciones relativas á la presión que ejerce el viento en las grandes obras metálicas.

Estas observaciones serán causa de que en lo futuro se puedan llevar á cabo dichas obras con entera seguridad por lo que respecta á la acción de los temporales, y puede esperarse con fundamento que no se volverán á presenciar siniestros análogos al del puente del Tay entre otros, en el cual todo un tramo del puente se precipitó en el abismo con el tren expreso que por él pasaba.

Por lo que hace al puente del Forth, se ha calculado la presión máxima del viento en 272 kilogramos por metro cuadrado. En la obra en construcción se ha instalado un aparato de observación de 28 metros cuadrados de superficie. Durante los violentos huracanes de enero de 1889 este aparato no ha marcado más que una presión máxima de 132 kilogramos por metro cuadrado; otros dos aparatos más pequeños situados en otros puntos extremos han marcado 179 y 200 kilogramos de presión por metro cuadrado. M. Cooper, ingeniero encargado especialmente de estas observaciones, hace notar que las presiones indicadas por los aparatos pequeños son siempre mayores que las señaladas por los grandes, y de ello deduce la conclusión práctica, pero paradójica á primera vista, de que cuanto mayor es la superficie expuesta al viento, menor es la presión por unidad de superficie. En suma, las grandes obras metálicas, en igualdad de resistencia, se defienden mejor que las pequeñas de los embates de los temporales.

Imp. de Montaner y Simón